

Reflexiones sobre la alegría

por Francisco Carreras

Lo primero que se presenta a nuestra imaginación al hablar de la Fiesta Mayor es el programa de los festejos: entoldado, bailes, sardanas, deportes, etc. Es decir todo lo que siendo alegría exterior nos entra por los sentidos. Ciertamente que ello no nos extraña puesto que es inherente a la naturaleza humana, y más cuando de jóvenes se trata, la necesidad de expansionar con movimientos, casi podríamos decir espontáneos, las energías sobrantes del cuerpo, huyendo de la rutina de un trabajo monótono y de la constante tensión de un espíritu solicitado por los deberes profesionales y las preocupaciones constantes de la lucha por la vida, y parece que tal aspecto de la Fiesta Mayor sea un oportuno sedante para recobrar la amortecida vitalidad y hacer funcionar con pleno rendimiento los órganos viciados por la repetición de los mismos actos. A este estado de espíritu de semiaturdimiento por la multiplicidad de impresiones externas que producen dichos festejos, que hieren el ánimo, se ha dado en llamar divertirse o sentirse alegres.

Mas presentamos una cuestión, ¿podemos responder afirmativamente que sea esta la verdadera alegría, la alegría que perdura a través de toda clase de dificultades, que engendra un animoso optimismo para emprender obras erizadas de obstáculos con una sonrisa confiada, con una confianza ilimitada? ¿Es acaso esta la alegría que debe modelar nuestro mismo carácter moral?

Reflexionemos un poco y admitamos después la negativa. La alegría puramente exterior, excitada por las solas sensaciones, no puede ser permanente; durará tanto en cuanto haya sido fuerte el estímulo que la produjo, terminará desapareciendo a no renovarse el mismo excitante, y, naturalmente, será incapaz para resistir incólume la embestida de cualquier desgracia.

Y si admitimos tal postulado ¿no te parece amigo lector que sería muy interesante encontrar una causa de alegría que nunca se desvaneciese, que resistiera a todas las preocupaciones y desgracias, sirviéndonos de ayuda poderosa en todas las ocasiones de la vida?

No tengo la pretensión de decirte cosas nuevas y buenas, sino exponer sencillamente mi punto de vista. Teniendo en cuenta que la causa más profunda de la alegría es la sensación de paz y de bienestar, la fundada esperanza de una felicidad perdurable, el alejamiento de todo sufrimiento moral o físico, se deduce enseguida que, para los que somos cristianos, llamados por Dios a gozar una eternidad de gloria por el cumplimiento de las leyes emanadas de Aquél que es causa primera de toda ley, hay una razón satisfactoria que nos hace sentir optimistas a todo trance, no porque el cristianismo nos inmunice contra toda desgracia, puesto que tarde o temprano el dolor llama a nuestra puerta sino por-

que a pesar de las desgracias; no vacila la esperanza cierta de superarlas y consideramos la prosperidad igual que la adversidad como accidentes fortuitos que en manera alguna afectan substancialmente al fin principal y definitivo que es nuestro destino eterno.

Es, en verdad, tan sólida y eficaz esta causa de alegría que resiste a las más violentas contrariedades. Podría aún preguntarse si se puede conciliar esta interna y sobrenatural alegría con la caída en el pecado que es la muerte del alma y la desviación del camino que conduce a la eterna felicidad, y ciertamente, como no hay nada tan triste como el pecado sería de una infinita tristeza; pero aún en este caso previsto de la misericordia de Dios no hay razón suficiente para el pesimismo y la desesperación, pues tenemos a nuestro alcance la fuente inagotable de alegría en el Sacramento de Reconciliación que impedirá que la tristeza señoree permanentemente en nuestro espíritu.

Es pues, verdad inconcusa, y termino con una frases luminosa estas mis obscuras divagaciones, que en la piedad plenamente vivida, en las vigorosas fórmulas litúrgicas de la Iglesia, y, como dice un célebre escritor francés, en aquella pequeña hostia blanca, en donde se encuentra la causa suprema de una alegría temporal en lo puramente humano, sobrenatural en lo divinamente eterno.

Orden cumplida



El ingeniero del ferrocarril se sometió a un severo régimen alimenticio porque recibió la orden de conservar la línea.